

ÁLVARO VAN DEN BRULE

ACERO Y GLORIA

LAS GRANDES BATALLAS DE
LOS TERCIOS ESPAÑOLES



ÁLVARO VAN DEN BRULE

ACERO
Y
GLORIA

Las grandes batallas
de los Tercios españoles

Prólogo

Prologar es invitar, sugerir. Solicitar que se desvíe la mirada hacia otro lugar para hacer una suerte de *zoom in*. Es solicitar un espacio, una posibilidad dentro de las infinitas que tiene el lector y presentarle un escrito, o un murmullo del escrito. Es decirle que confiamos en las palabras de su creador para, al modo puro de Hélène Cixous, «hacerle el amor al texto» y provocar el ejercicio intelectual, la revelación de un fragmento de mundo, la incitación al viaje, o al regreso, quizás al detenimiento. Siempre a vivir una experiencia, cierta emoción, determinada epifanía y, en primera instancia, el goce de la lectura.

«El texto que usted escribe debe probarme que me desea», es el gesto que reclama Roland Barthes. Prologar, por tanto, más que un halago es una responsabilidad que debe asumirse con sencillez y honestidad totales. Responsabilidad que en esta ocasión implica, además, proponer una revisión de la historia como el palimpsesto en el que se esconden los diálogos de la humanidad consigo misma y sus posteriores enseñanzas a modo de ecos.

En cualquier caso, una historia formada de acontecimientos diáfanos y turbios, modélicos y deplorables, colectivos y personales, maquillados y manifiestos, en tránsito, en conflicto, polarizados, pero entretejidos siempre sin remedio, que en su conjunto constituyen la construcción inacabada —lo vivido y lo sufrido— del hombre a lo largo de su paso por la Tierra.

Entre estos hechos, las grandes batallas de ejércitos destacados han sido motivo de interés, no solo para cronistas e historiadores, sino para una sociedad ávida de héroes y villanos que determinen el relato de época y, con ello, detengan la caída vertiginosa hacia el vacío donde deambulan lo vano y lo necio que contiene cada suceso: el sinsentido. Y la paradójica complejidad del ser humano en la que el escritor de esta obra hace un alto para, esta vez, reexaminar la fama del ejército español durante el reinado de la Casa de Austria —la dinastía Habsburgo—, de la Monarquía Hispánica reinante en los siglos *xvi* y *xvii*.

En particular de los Tercios españoles, la unidad militar de élite que recordamos por su resistencia en combate y que comenzó su ocaso en la batalla de Rocroi, en 1643. «La mejor infantería, cerca de ciento cincuenta años ganando batalla tras batalla en África, Mesoamérica, Sudamérica y Europa», nos cuenta el narrador de un trabajo fruto de su persistente necesidad —o necedad— de acudir al encuentro entre el ayer y el ahora.

Hay que decirlo, la mirada de Álvaro van den Brule es una que suscita la relectura de cuanto momento histórico, con sus personajes y paisajes, considera oportuno para llenar de contenido, de sustancia la mente de sus lectores.

Sin elaborar un pensamiento único o irreductible, yendo en estilo de la prosa a la poesía y del ensayo al cuasi reportaje, nos traslada a los campos en los que Luis II de Borbón Conde, al mando del ejército francés, y Francisco de Melo, del español, encabezaron una contienda que culminó con el triunfo de Francia y su posterior ascenso como potencia continental. Uno de tantos episodios que, sin una pluma atrayente y rigurosa como la suya, se quedarían extraviados en el océano de dispersión por el que segundo a segundo navega la ciudadanía digital del siglo *xxi*, impaciente por alcanzar el futuro, al mismo tiempo que menesterosa de ex-

plicaciones sobre por qué y cómo llegamos a las circunstancias actuales.

Viralizar no es entender. Esta es la razón por la que el fundador de la ONG Ajedrez sin Fronteras se ha empeñado, desde trincheras de lo más diversas, en «promover acciones contra la ignorancia a través de la propia comprensión, abriendo caminos hacia el conocimiento, fomentando la amplitud de miras y compartiendo con otros ciudadanos del mundo ideas, emociones y pasión; en definitiva, una propuesta que posibilite la felicidad». Sin duda, el compromiso con lo común, con lo inclusivo, con lo sostenible, es el acicate que ahora le insta a pasar revista de lo acontecido siglos atrás a través de formas heterogéneas —«toques poéticos, parábolas encubiertas, metáforas extrapolables»— y, sobre todo, como él mismo lo expresa: «Que lo que cuento es muy vívido, intento que sea cinematográfico e intenso, que el lector se sitúe en medio de las batallas, de los sueños de los protagonistas, de la maldad, de la bondad, de su porqué en definitiva».

De entre toda esta pléyade de soldados italianos, hubo una pareja de hermanos que se sumergieron en la atmósfera más avanzada de los conocimientos militares de la época y que tenían una profunda simpatía hacia todo lo español. Impregnados en lo más avanzado de las técnicas artilleras, de lo último en explosivos, de las tácticas de combate más punteras y con el apoyo de una familia de una raigambre de profundas raíces aristocráticas y financieras, los Spínola-Doria, se maridaron de forma natural con las más altas instancias de la administración de la corona, llegando con el tiempo a hacerse indispensables.

Podría decirse que se arriesga a reexaminar sin tapujos la naturaleza de distintos eventos, convirtiendo su exposición en una unidad autosuficiente donde la parte es el todo. Cada línea, cada capítulo suma a la perspectiva histórica y

abrevia la lejanía, los cientos de años que, en apariencia, separan al lector del hecho. Y digo en apariencia porque página a página se hace evidente que junto a las biografías —los sujetos vencedores y vencidos— también se encuentran las claves para la comprensión de la Edad Moderna con su progreso, comunicación y razón, que constituyen el referente inmediato de la Edad Contemporánea; es decir, de la actualidad.

«Una historia con la descomunal magnitud e intensidad de la de España, no debe ser comprimida en un par de textos de bachillerato y arrinconada para los restos. Básicamente, porque acaba convirtiéndose en un tema menor anclado en cuatro o cinco episodios de cierto relieve que configuran una especie de fatuo maquillaje identitario, mientras que, centenares de otros episodios son condenados al destierro —como si la diferencia entre el número de muertos fuera cualitativa, diferenciadora o clasista en la defensa de una nación—, con el consiguiente castigo hacia sus protagonistas, y al esfuerzo de aquellos que literalmente se inmolaron ante situaciones sin salida o murieron en defensa de los intereses de su patria, familia, hijos, novias, terruños, etc.».

Pero «las grandes gestas a veces quedan enterradas en el olvido por falta de eco o reverberación en la memoria de las naciones», nos previene cuando se refiere al asedio de Castelnuovo. De ahí que insista y persevere en arrojar luz a determinados actores y escenarios, a fin de dotar de tonalidades un periodo y clarificar el sentido general de la coyuntura. Ahuyentar esa «extraña niebla» que nos impide hallar las coordenadas precisas en que una fecha —un nombre, una decisión, un sitio— se une con el siguiente, y así, de manera sucesiva, es el propósito final de este compendio, que nada tiene de archivo muerto; por el contrario, en cada

enunciado demuestra su viveza premeditada, agudeza analítica y anhelo de trascendencia.

Trascendencia en el sentido más humano del término, pues Álvaro van den Brule es, en la médula, un humanista insurrecto «criado en San Sebastián, hijo de una madre excepcional y padre de una hija maravillosa a la que adoro». Comenta que ha hecho de la palabra el dispositivo para abastecer de significados su propia existencia y la de quienes lo rodean. Conversador con elocuencia y ávido lector de Stefan Zweig, su comunicación oral o escrita lleva el rasgo del activismo social y la protesta contra la injusticia en cualquiera de sus formas, las nuevas o las perennes. Ya sea en su faceta de columnista en *El Confidencial*, como literato en cada uno de sus libros publicados, el más reciente *Inglaterra derrotada* (La Esfera de los Libros, 2017), o al alternar la enseñanza del ajedrez en campos de refugiados, cárceles y orfanatos, invariablemente deja al descubierto su implicación con la realidad vigente, con las personas.

Este volumen y su cobertura no son la excepción. En el fondo yace una no renuncia a encontrar guisas frescas para corregir males antiguos que, hoy en día, se han reacomodado en todos los campos —educativo, laboral, sanitario, alimenticio, climático, tecnológico, de servicios— derivando en la crisis de individuos y pueblos que enfrentamos. Inspeccionar economías, tradiciones, ideologías, gobiernos, es el papel del historiador que pretende elevar la documentación a un rastreo inagotable de aciertos y errores, de preguntas y respuestas, de alternativas. Como tal y eludiendo las nostalgias, este nos convoca a escarbar en la talega de los registros universales para deducir analogías y revertir este proceso de empobrecimiento, violencia y desigualdad que tiene a las mayorías hundidas en el desconcierto, la insatisfacción y la desesperanza en el porvenir.

Regresar al «antes» si se ambiciona evolucionar en un «después». Tomar el primer retorno para desarmar el mecanismo y distinguir cada una de sus piezas, entiéndase: juegos de poder, estrategias de dominación, intereses de grupo, intercambios, confrontaciones, negocios, talentos. Esta es la propuesta de Álvaro van den Brule, la cual no hace sino testimoniar que, desde el dominio del fuego por el *Homo erectus* al surgimiento del neocolonialismo como sistema, aún existe un universo de datos por descodificar, de conflictos por esclarecer, de factores por detallar que, vistos con lupa y en retrospectiva, configuran un mapa inmejorable en el rumbo hacia un estado de auténtico bienestar o, si se prefiere, de menos fragilidad.

Tornar el individualismo en solidaridad, la incomunicación en coloquio, el aislamiento en entramado es el eje sobre el que gira la intención autoral, el pensamiento y quehaceres de un sabueso nato que indaga en las semblanzas de Maquiavelo, Magallanes, Torres Quevedo o La Malinche mexicana y, en sus recorridos, se maravilla ante «la belleza en la austeridad», «el genio con apariencia de mendigo», «la inhumana muerte de un hombre honrado» o «la endeblez histórica de los mitos independentistas». Pensar, averiguar, seguir pensando, persistir en la averiguación de un lance y otro más y otro más y otro. Esa es la empresa que le ocupa porque, así lo entiende, «pensar es gratis y no hacerlo puede resultar contraproducente».

«El ajedrez es mi pasión puesto que lo considero el gimnasio de la mente. Este arte-ciencia nos permite explorar lo ignoto y acercarnos con fascinación y prudencia al conocimiento (...). Ello me ha conducido a su divulgación e inserción en los programas educativos de países en vías de desarrollo, como una herramienta adicional en el progreso de sus gentes y, en particular, de los niños y jóvenes».

A semejanza de Eduardo Galeano, sabe que somos hijos de los días, que estamos hechos de historias surgidas de muchos andares y que nuestra obsesión más grande es, quizás, querer decir lo que somos, nombrar. En consecuencia, también habita la casa de las palabras —los vocablos amados de Neruda, el principal artefacto de Sor Juana— el refugio donde acuden los poetas y al que deberíamos acudir todos si sospechamos que nos hemos contagiado de la soledad, el vacío o la estridencia que aparecen cuando lo importante toma carácter de bagatela. Para prevenirlo el autor nos obsequia este, su inventario de palabras, sus significaciones: voces, ojos, mares, lapsos, olvidos que hablan de nosotros y nos recuerdan que, Galeano *dixit*, «todos, todos tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás perdonada o contada». Aquí aparecen unas cuantas...

GLORIA SERRANO

Prefacio. CUANDO ÉRAMOS GRANDES

Es bastante probable que las gestas heroicas hayan sido protagonizadas por gentes anónimas que saliendo de sus pequeñas, precarias y limitadas zonas de confort, tal vez condenadas a la más absoluta invisibilidad, hayan protagonizado lo que poderosos inútiles han sido incapaces de elevar a la categoría de sublime admiración.

En este sentido, una las encarnaciones como colectivo más fascinantes que ha dado la historia militar de todos los tiempos y que convirtió a España en incontestable potencia hegemónica, fueron los famosos Tercios, cuya suma de partes basada en un entrenamiento impecable y avanzadas técnicas de combate puestas a punto en los campos de batalla donde intervinieron, asombraron y mantuvieron a raya a sus adversarios, llevando a la cúspide del poder mundial durante más de ciento cincuenta años a una nación que se convertiría en imperio por obra y gracia del espíritu de unos soldados únicos y de una revolución militar pocas veces vista en la historia de la humanidad, con tan rotundas y expeditivas soluciones.

La orfandad de los condenados a ser miserables por origen de cuna, de aquellos que partiendo de la más absoluta humildad, emergieron hacia el ámbito de lo estelar desde las filas de atrás o partiendo de posiciones desde donde era imposible, *a priori*, ser grandes ante la historia, quedaría redimida en la atmosfera universal e igualadora que se respiraba en los Tercios. Sus muertes o sus vidas siempre

fueron consuelo en este tránsito donde las crónicas se miden en segundos ante la eternidad del tiempo que todo lo abarca y todo lo entierra, difuminando los hechos en las dunas de los desiertos batidos por los vientos del tiempo donde el réquiem de las civilizaciones encuentra su estación de destino invariablemente.

El marchamo principal que establece la diferencia y la reputación de invencibilidad de los Tercios, está básicamente reflejado en la clarividencia de hombres de una singularidad excepcional tales como el Gran Capitán, el duque de Alba, Juan de Austria, el banquero soldado Spínola y otros tantos de una altura inconmensurable. Esa dirección y el espíritu de equipo de sus integrantes, es lo que marcó la diferencia entre los Tercios y el resto de los ejércitos europeos de aquel tiempo.

La grandeza de un método de combate exclusivo para la denostada infantería, carne de cañón siempre ante la orgullosa caballería, es el punto de partida en el que la revolución que diseña Fernández de Córdoba opera el milagro de transferir el protagonismo a los desheredados infantes de a pie.

El heroísmo es una fuerza intangible y determinante, donde la voluntad extrema empuja al sujeto a unos niveles de sacrificio de sí mismo y de sus pares, en un ideal común conducente a la realización de hechos extraordinarios que se perpetúan en el devenir de los tiempos, como ejemplo a seguir y referencia ante la que mirarse, para evitar instalarse en la acomodaticia realidad paralizante; esa podría ser, en esencia, la base de toda la mitología.

Por muy oscura, gris y anestésica que sea la realidad en la que vivimos, siempre hay un *leit motiv* que nos nace, emerge y empuja hacia alguna utopía parida por la mera necesidad de ser algo o alguien en este aniquilante escenario en el que morimos en vida cada día. Hay muchos héroes

anónimos, desconocidos, ignorados, ninguneados e incluso invisibles a la mirada del común de los mortales, cuyas gestas pasan desapercibidas. Otros, dejan su sello y firma en el lacre de la memoria de forma indeleble.

El cambio revolucionario del Gran Capitán con sus novedosas incorporaciones tácticas (la potencia de fuego determinante de los arcabuceros ante la intocable caballería y su peculiar forma de tirar escalonadamente), la obligatoriedad de los jinetes de trasportar a la grupa de sus caballos a los infantes para dar golpes de mano precisos o adelantar los tiempos de intervención, el uso de la artillería de pequeño calibre con sus letales dosis de metralla como elemento de disuasión contra los adversarios de vanguardia que seguían patrones de guerra medievales, innovaciones administrativas varias, tanto en la cadena de mando como en el desarrollo de la logística adaptada a las nuevas exigencias de la guerra, logran, a través de una capacidad de adaptación e improvisación de una elasticidad sorprendente, lo que hoy hemos dado en llamar un ejército profesional.

Sin necesidad de recurrir a epopeyas, hay muchas gestas que reencarnan innumerables ejemplos sobre la altura y prestigio de individuos que nacieron huérfanos de reconocimiento y llegaron muy lejos solamente porque creyeron en sí mismos y su potencial arrollador. Más allá de una supervivencia sin apenas recursos, afrontaron retos en condiciones absolutamente desfavorables. María Pita, una mujer en quien nadie reparaba por su invisibilidad y pobreza, en 1589 inspiró en La Coruña, en un momento crítico, una reacción decisiva entre sus pares ante un potente ataque inglés, que desbarató con contundencia. Jenofonte y sus diez mil son un ejemplo de lo que un pequeño ejército altamente motivado y entrenado es capaz de hacer en medio de la hostilidad más radical; Alejandro Magno y su talento ilimitado, otro. Los espartanos intuían su fin en las Termopi-

las sabiéndose muertos a cada instante durante las cuarenta y ocho horas de continuo combate contra los persas; el español Pedro Mesía de la Cerda durante la persecución de *El Glorioso*, una ágil fragata con proa de cuchillo, que combatió contra una docena de barcos ingleses a los que causó terribles pérdidas y una mortandad inaceptable, es un ejemplo de osadía pocas veces visto en los líquidos campos de batalla. El increíble Blas de Lezo en Cartagena de Indias, con tres mil hombres frente a los casi treinta mil adversarios mal dirigidos por el presuntuoso almirante inglés Vernon; Erwin Rommel engañando con sus escobas de barrerero y tanques de cartón piedra, arrastrados por sus Panzer levantando polvo en las arenas del desierto ante el crecido Montgomery, confundiéndo-lo ante la mínima magnitud de sus opciones con sus ingeniosos recursos y grandeza militar y humana, etc. El heroísmo siempre estuvo sembrado de imaginación ante la adversidad.

En este sentido, el héroe encarna rasgos sobresalientes e inusuales y presenta en consecuencia habilidades idealizadas y a veces facultades paranormales y mágicas que le permiten realizar grandes hazañas que le confieren fama y el reconocimiento de sus conciudadanos. Del latín *heros*, voz derivada de un vocablo griego, la palabra héroe alude a un hombre que es reconocido por sus virtudes o hazañas.

Y si queremos irnos al pasado remoto, ancestro referencial de los grandes mitos de la Antigüedad, vemos en el *Bhagavad Gita* inserto en el *Majabharata*, cómo Krishna, desde su carro de combate, enfrenta los miedos del héroe Arjuna ante el dilema de morir o matar en su terminal enfrentamiento contra los Pandavas en la apocalíptica batalla de Kurukshetra.

Asimismo, en un tiempo algo anterior, probablemente cinco mil años atrás, entre la realidad y la leyenda, un rey muy sabio e inquieto llamado Gilgamesh, al mando del go-

bierno de la ciudad mesopotámica de Uruk, se convirtió en mito por sus grandes gestas reflejadas en un poema acadio de inquietante naturaleza, donde la búsqueda de la inmortalidad es el eje en el que gira toda la acción de esta anti-quísima epopeya, en un contexto narrativo de sombrío desasosiego en el que la patente soledad y el miedo a la muerte pivotan en todo momento en torno al ser íntimo del héroe.

Y por acotar un poco las lindes desde donde actuaban los protagonistas de gestas inmemoriales, está ahí el *Enu-ma Elish*, el poema que «habla» de la eterna lucha entre el Orden y el Caos, donde Marduk, arquetipo del guerrero que combate el Caos, da testimonio de una irreductible voluntad de lucha ante la adversidad, sabiendo a ciencia cierta que nunca conseguirá la derrota de su escurridizo adversario, aun acabando con Tiamat, su némesis en este poema; porque la oscuridad estará siempre viva y presente.

Para Erich Fromm, este épico poema constituido por versos de dos líneas, en los que la función de la segunda es enfatizar la primera por oposición, es probablemente el punto de inflexión donde se decanta la transformación desde el matriarcado al patriarcado, en un cambio de paradigma terrible desde el punto de vista histórico para la mujer, alcanzando el paroxismo de este despropósito en la concreción de esta anómala conducta entre iguales, en la futura sustancia teológica de rancias religiones.

En todos los casos vemos un patrón común, en el que el héroe o la heroína en primer lugar se sabe mortal y es consciente de lo duro que es contar los pasos para llegar a donde estás; primero se cuentan los guijarros, luego las piedras del camino, para aprender lo duro que es vivir, y finalmente se descubren las estrellas para intuir someramente la grandiosidad de lo manifestado y la tuya propia en esa relación micro- macro tan arrolladora y deficitaria para la compren-

sión del propio ser humano. Creo que esa es la estructura del héroe, la de alguien indetectable que un buen día pone su firma allá, en lo más alto, donde está lo inaccesible, en las estrellas.

En definitiva, los Tercios fueron una referencia social por los valores implícitos (honor, sacrificio mutuo en lo corporativo, un arraigado concepto del deber y el sacrificio como elemento motor en pos de la victoria). En los Tercios, un desclasado o segundón, un desheredado u hombre sin opciones por la accidentalidad de las circunstancias, podían acceder a la gloria y el reconocimiento social en igualdad de posibilidades ante pesos pesados de la aristocracia (véase el caso del vasco Juan de Urbietta en la decisiva captura del rey de Francia, Francisco I, en Pavía).

A pesar del inexorable paso del tiempo, aún hoy sabemos que la herencia de aquellos hombres que defendieron a España en distantes escenarios (desde Otumba a Lepanto, desde Argel u Orán a Flandes, desde los Andes a las inmensas llanuras de la actual Norteamérica), vive en nuestra memoria, en el eco, herencia de su grandeza y en nuestro agradecimiento a todos los caídos y supervivientes en aquel tiempo de esplendor y prestigio para nuestras armas, cuando éramos grandes.

Quizás, con los mimbres de aquel espíritu nuestra nación pueda volver a mirar al futuro tejiendo alternativas de excelencia que nos vuelvan a reportar la admiración y el reconocimiento de aquellos tiempos; basta con mirar a dónde hemos llegado como consecuencia de nuestras diferencias de patio de corrala.

Siempre es saludable hacer autocrítica y para ello, me remonto y remito a aquel famoso soneto de Percy Bysshe Shelley —*Ozymandias*—, alumbrado un temprano día de enero de 1818, que cierra de manera magistral,